

Manuel Gómez Anuarbe

ERMITAÑOS
ORNAMENTALES
DE JARDINES



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA, N°6 —
MADRID • MMXX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MANUEL GÓMEZ ANUARBE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Mayo 2020

I.S.B.N: 978-84-121309-7-3
Depósito legal: M-11080-2020-

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

A Santiago, aprendiz de ermitaño

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

ÍNDICE

PRÓLOGO	pág. 9
DECORATIVOS Y NO DECORATIVOS	pág. 13
ERMITAÑOS ORIENTALES	pág. 19
JESUCRISTO Y SU TIEMPO	pág. 33
EN TIERRA DE LOS FARAONES	pág. 41
ERMITAÑOS EN EUROPA	pág. 53
ESPAÑA, TIERRA DE ERMITAÑOS	pág. 67
TAMBIÉN EN EL ISLAM	pág. 79
CUEVAS Y CAPILLAS DE ARTISTAS	pág. 83
ERMITAÑOS ORNAMENTALES	pág. 89
ERMITAÑOS ORNAMENTALES EN EL BUEN RETIRO	pág. 95
ERMITAÑOS ORNAMENTALES EN LOS JARDINES INGLESES	pág. 127
ERMITAÑOS ORNAMENTALES EN LOS JARDINES ESPAÑOLES	pág. 143
EPÍLOGO	pág. 163

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

PRÓLOGO

*Todo comienzo encierra una sorpresa, dice Fernando Pessoa. Hace unos cuantos años en una librería de Londres topé por casualidad (?) con un libro de pequeñas dimensiones, exquisitamente encuadernado con el lomo en piel. Estaba escrito en inglés pero no recuerdo con exactitud su título, era algo así como *Decorative Hermits' Dress Fashion in 18th century English Gardens*.*

Yo había leído algunas cosas relativas a la presencia de «falsos» ermitaños en los jardines ingleses, cuya misión era meramente ornamental, pero el libro que tenía en mis manos sobrepasaba todo lo que habría podido imaginar. ¡Qué frivolidad! ¡Moda de la vestimenta de los ermitaños decorativos! Como siempre he considerado que la frivolidad puede ocultar algo mucho más profundo decidí comprarlo. *Yes, of course, me too!*

Mi sorpresa fue mayúscula cuando el dueño, no sin cierto regocijo, me dijo el precio, una cifra tan desorbitada que apenas pude reaccionar. Mirándome con sorna leyó el título en voz alta y sentenció: *¿Y el tema? Comprenderá que el valor de las cosas solo estriba en lo que ciertas personas estén dispuestas a pagar.*

No lo compré y toda mi vida me he arrepentido. ¿Cómo pude ser tan cicatero? Nada más salir de la tienda me di cuenta de que prefería ese libro más que cualquier otra cosa que Londres pudiera ofrecerme. Pero no lo compré. Recuerdo que contenía una serie de grabados con ermitaños en grutas y ermitas en ruinas, ataviados con ropajes muy elaborados, aunque de apariencia extremadamente sencilla.

El tejido favorito parecía ser la lana sin cardar, de color marrón oscuro o negro, con la adorable intención de provocar molestias en la

piel. Unos trajes llevaban capucha y la mayoría incorporaba cingulo, crucifijo y sandalias, todo ello *ton sur ton* con el color de la vestimenta. Mientras la barba era siempre muy larga, el cabello, en unos casos era también largo, pero, en otros, estaba totalmente rapado. La Biblia, una calavera, una vela y un crucifijo sobre una austera mesa solían acompañar al personaje.

Como digo, no lo compré y todavía me acompaña el funesto recuerdo de mi error y la compasiva e irónica sonrisa del anticuario al despedirme, como si adivinara que me había equivocado. Y acertó.

Además de los ermitaños meramente decorativos hay otro tipo de ermitaños que vive también en cuevas o ermitas que no forma parte de deliciosos jardines sino en lugares aislados e inhóspitos como las montañas o los desiertos. En algo se parecen a los cangrejos paguroideos, unos crustáceos decápodos, popularmente llamados ermitaños, que se caracterizan por el uso de conchas de caracol para cubrir su abdomen, que es muy blando y enroscado, lo que les permite caber dentro de la concha y bloquear la entrada. Como los otros, también ellos necesitan protegerse, no solo de los animales sino de sí mismos.

¿Qué induce a una persona a vivir aislada de los demás con la única compañía de animales y plantas? Todos los ermitaños parecen coincidir en la necesidad de desaparecer de sí mismos mediante la práctica de una férrea disciplina y determinados ritos, aunque con diferentes propósitos. Ante la imposibilidad de comprender el sentido o la falta de sentido del universo y de poder conocer la realidad exterior, los ermitaños toman la decisión drástica de mirar hacia el interior de sí mismos para tratar de comunicarse con la totalidad del cosmos como una unidad. El yo se obliga a sí mismo a desaparecer para poder ver el mundo desde otra orilla. Esa mirada interior constituye el reflejo de una concepción filosófica o religiosa que pone en práctica un mito personal de su visión del mundo.

La opinión generalizada, sin embargo, es bien distinta. Los seres humanos somos sociables por naturaleza y nuestra capacidad para establecer relaciones con otros seres humanos nos proporciona una mejor salud mental, de acuerdo con la teoría evolutiva de los animales, más proclives a sobrevivir según su capacidad de establecer relaciones con otros.

Para explicar la vida solitaria, en la tradición cristiana se habla de «desapego», de experiencias místicas basadas en la unión con Dios mediante la disolución del yo y la pérdida de la identidad humana. El maestro Eckhart lo expresa como «desasimiento» para que ninguna cosa precedera nos pueda conmovir y por eso se dice que está muerto para el mundo.

Mi interés por la vida de los ermitaños está basado en mi propia vida. Sufrimientos y gozos en el curso de mis estudios, trabajos, publicaciones, viajes y estancias por todo el mundo así como amores correspondidos y no correspondidos, me han enseñado que la vida se encuentra en el interior de uno mismo y que todo lo demás no es más que una agitación sin sentido. El silencio, la soledad y la mirada hacia el interior me han conducido a la paz necesaria, tanto para recorrer los cortos periplos diarios como para emprender el gran viaje.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

DECORATIVOS Y NO DECORATIVOS

Dice J. K. Chesterton que *el único modo correcto de contar una historia sería comenzar por el principio: el principio del mundo; de manera que, en pos de la brevedad, la totalidad de los libros empieza de modo incorrecto.*

Ignoro si en la época que se suele llamar prehistórica había personas que vivían totalmente aisladas de los demás. Por lo que nos cuentan los historiadores sobre los peligros que asediaban a los cazadores en su lucha por la supervivencia, la forma de vida más común era la tribu de una o varias familias, pero no parece improbable que existieran seres humanos que vivieran en soledad por decisión propia, por creencias mágicas o debido a otras razones que desconocemos.

Es probable que algún rasgo común a toda la humanidad haya hecho posible que en todas las culturas existan individuos que se han apartado del grupo para vivir de forma solitaria, ya sea en la India, China o en los continentes de África, Europa o América.

Una vida apartada de los demás no nos convierte sin embargo en ermitaños. El emperador Adriano, en el momento de su mayor gloria, se hizo construir una gran acrópolis en Tívoli, un lugar cercano a Roma, y en ella, junto a su palacio, una pequeña isla circular con una habitación junto a un jardín. La isla estaba rodeada de un estanque también circular, a la que solo se podía acceder por un diminuto puente levadizo. En esa isla, con la forma del planeta Saturno, es probable que se sintiera como un ermitaño que ocupara el centro del universo, pero era más un filósofo que un ermitaño.

Tampoco George Ripley, famoso alquimista del siglo XV y autor de veinticinco volúmenes sobre la Alquimia, que se hizo carmelita pasando los dos últimos años de su vida aislado, puede considerarse



Teatro Marítimo. Villa Adriana

como un ermitaño ni menos aún, como relata Edith Sitwell¹, la Sra. Celestina Collins de Coventry, que vivía y dormía entre sus gallinas, además de un gallo y una rata de gran tamaño, con acuerdo con la idea de una ermitaña, o aquel señor de Stenage que vivió once años en una madriguera, casi desnudo, con la única compañía de las ratas, evitando cualquier ablución.

Y qué decir de Philip Quarll, otro inglés, que pasó 50 años de su vida en una isla de la costa de Méjico, con la única compañía de unos monos hasta que fue descubierto por un comerciante de Bristol a principios del siglo XIX.

Podríamos pensar que estas cosas solamente les suceden a los ingleses, cuyas excentricidades suelen interpretarse como inherentes a su insularidad, pero no es así. Ha habido y sigue habiendo casos particulares en todo el mundo. Existen muchísimos y muy diferentes ejemplos de personas que se han retirado del mundo, incluso en nuestros días, que han elegido una forma de vida singular. Algunos

1. *Ingléses excéntricos*. Págs. 61 y 62. Tusquets. Barcelona, 1989.

pueden ser considerados como verdaderos o auténticos ermitaños de por vida, viviendo en montañas o desiertos, pero, otros muchos, simplemente tomaron la decisión de ausentarse a un lugar solitario por un tiempo.

La moda eremítica alcanzó incluso los Estados Unidos de América y ya se sabe que, cuando esto ocurre, el efecto suele ser devastador. El retiro del americano Joseph Plumier a un bosque de Meredith en el siglo XVIII es un caso de precocidad y tenacidad. Desde la edad de 21 años permaneció en él nada menos que sesenta y nueve. No es extraño que pensara que las carreteras y las vías del tren serían la perdición de la tierra y que tomara sus decisiones según el color dominante en que se agrupaban las alubias blancas y rojas que guardaba en una caja.

El propio presidente Andrew Jackson (1767-1845), por ejemplo, tenía una casa en Nashville (Tennessee), a la que llamó *The Hermitage*, el mismo nombre que los zares dieron a su Palacio Real de San Petersburgo, donde se hizo enterrar junto a su mujer.

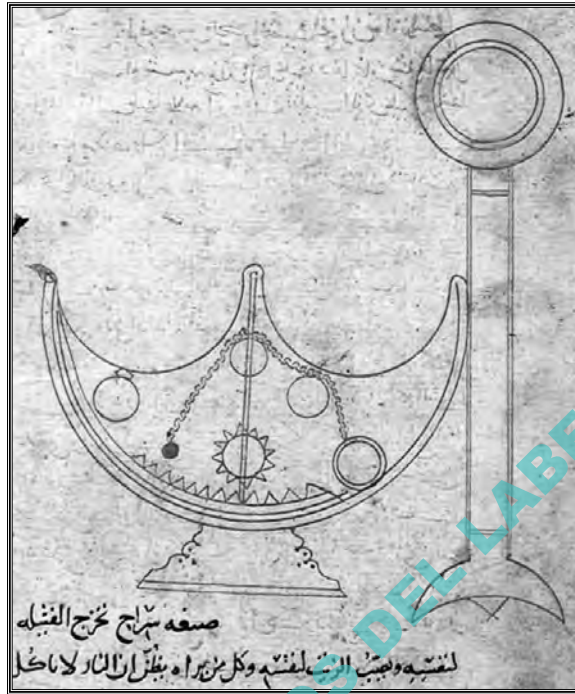
Otro americano, el famoso escritor, filósofo y transcendentista, Henry David Thoreau (1817-1862), tan de moda en la actualidad, también se retiró, pero de verdad. Vivió en una cabaña en soledad durante dos años, dos meses y dos días en Walden Pond, una Reserva Forestal Estatal. A juzgar por la precisión con que contó la duración de su estancia se puede dudar que fuera tan feliz como cuenta en su libro. Debió de cuajar la idea porque, al igual que Thoreau, pero ya en el XX, otros también siguieron su ejemplo, como es el caso de Edward Abbey, escritor, naturalista y ecologista, que decidió vivir la soledad como guardabosque de otro parque forestal; o Thomas Merton, admirador de William Blake y defensor del entendimiento entre las religiones, que llevaba una vida solitaria entre los árboles del monasterio trapense de Getsemaní en Kentucky mientras aprendía sus nombres, para acabar su vida electrocutado por un ventilador en un hotel de Bangkok.

No sabemos hasta qué punto gozaba de su soledad el peculiar matemático, filósofo y terrorista americano Theodore Kaczynsky, apodado *Unabomber*, en su cabaña de Lincoln (Montana), donde aprendió a ser autosuficiente y prepararse para enviar cartas bomba, un caso opuesto al de Yuval Harari, famoso escritor israelí de la actualidad, que también se retira, durante dos meses al año, para practicar en silencio la profunda meditación del Vipassana.

Más curioso parece el caso del famoso matemático Alexander Grothendieck, galardonado con la medalla Fields, considerada como el premio Nobel de las matemáticas, que también se retiró del mundo durante casi treinta años a una zona de los Pirineos donde, a su fallecimiento en el año 2019, se han encontrado una serie de documentos con complejas fórmulas, todavía sin descifrar, algunas de las cuales han ocupado las portadas de la prensa internacional. Parece, sin embargo, que la razón principal de su aislamiento no eran tanto las matemáticas como el análisis de sus propios sueños.

Entre todos estos tipos de ermitaño los más singulares son, sin duda, los ermitaños de los jardines, cuya función decorativa nos puede parecer sorprendente hoy en día. Es difícil saber si creían en su papel o si solamente cumplían una función por algo tan banal como el dinero. Como empleados y actores a la vez, compaginaban su papel de ermitaño con el de guardián, aunque con una aureola sagrada, sobre todo a la vista de los invitados, a los que, en la mayoría de los casos, les estaba prohibido dirigir la palabra.

Nada es nuevo en la vida. En la tradición persa, bizantina, árabe y renacentista había ya en los jardines figuras de personas y animales en forma de autómatas parlantes, que podían mover sus miembros, produciendo un efecto de *senso magico di meraviglia*. No eran de carne y hueso, pero, al fin y al cabo, servían como ornamento de los jardines.



Ingenio mecánico persa

Los ermitaños decorativos de los jardines son en realidad la continuación de esta tradición de los antiguos autómatas. Y curiosamente fue en España donde primero empezaron a tomar protagonismo. ¡Hay que tener un gran sentido teatral para tener ermitaños a sueldo, como los que había en el siglo XVII en los jardines del palacio del Buen Retiro de Madrid, en un país tan católico como España!

Unos cincuenta años más tarde, los aristócratas ingleses, a pesar de no practicar los principios religiosos del catolicismo, no pudieron resistir la tentación de sustituir su imperativo deseo de retirarse al campo, con la presencia de un ermitaño en sus jardines, aunque en muchos casos se contentaran con un autómata o una escultura que representara una figura con túnica de ermitaño. En estos casos, el auténtico ermitaño era el dueño del jardín, quien, de alguna manera,

trataba de identificarse con unos espacios solitarios y unas construcciones apartadas que recordaran la vida en soledad. La presencia de un ermitaño en el jardín era una forma de proyección e identificación personal del creador, sin las fatigas e inconvenientes que tal forma de vida obligaba.

Como dice con sorna Edith Sitwell a propósito de los nobles que solicitaban ermitaños decorativos por medio de anuncios: *Creían que nada podía proporcionar tanto placer a la vista como el espectáculo de un anciano de lengua barba gris y áspera túnica caprina, chocheando entre las incomodidades y las delicias de la naturaleza*². Pero no solamente eran los nobles los que requerían la presencia de ermitaños en sus jardines sino que, como señala la misma autora, había también jóvenes que solicitaban retirarse del mundo y vivir como ermitaños en algún lugar apropiado entre las propiedades de un noble. Otros, en cambio, preferían trabajar por libre, como el que vivió en Newton Burgsland, en Leicester, un anciano aficionado a trajes y sombreros de carácter simbólico; o como Lord Rokeby, de excéntrica barba, que adornaba la naturaleza de su jardín de Mount Morris, en Kent, y tenía una cabaña en Hythe, cerca de su propiedad, para zambullirse en el mar hasta que perdía el conocimiento y tenían que sacarlo del agua.

2. *Ibidem*. Pág. 46.

ERMITAÑOS ORIENTALES

No parece arriesgado afirmar que el fenómeno del eremitismo, en sus más variadas manifestaciones, forma parte de la naturaleza humana. Ha existido y sigue existiendo por todo el mundo, tanto en Oriente como en Occidente y en todos los continentes.

En la India, los *sadhus* eran ya conocidos como los «filósofos desnudos» por los griegos del siglo IV a. C., y como faquires por los viajeros europeos. Según el hinduismo, son varias las etapas ascéticas que se deben recorrer a lo largo de la vida. Sin embargo no todos las practican, o solo practican alguna de ellas. Como estudiante célibe se deben aprender las tradiciones védicas con la ayuda de un maestro (*gurú*). La segunda etapa, de adulto, cuando se empieza a envejecer, se debe vivir en el bosque como ermitaño (*vanaprastha*), alimentándose de raíces y frutas, dedicándose al estudio de las Upanishads. Los ancianos, por último, deben liberarse de todo lazo terrenal para concentrarse en las materias del espíritu en calidad de *sannyasa*, una especie de monje peregrino, para lograr la unión de su *atman* con el dios Brahman.

Sri Ramakrishna, que tantos seguidores tuvo en Europa y América, es sin duda el ermitaño hindú conocido más por sus enseñanzas que por su propia vida. Obsesionado por conocer la realidad que se ocultaba detrás de la imagen de la diosa Kali, madre y destructora universal, que proporciona la vida y la muerte, los placeres y los sufrimientos, decidió retirarse al bosque, cerca de su templo, a un lugar de enterramientos que producía miedo a las gentes, donde viviría en completa soledad durante doce años.



Sadhu en una calle de Jaipur

Pero desde antes de Ramakrishna, ya los *sadhus* —esos monjes hindúes de extravagante apariencia, adoradores de Shiva, considerados como santos y representantes de los dioses— hacían y siguen haciendo vida de ermitaño, en muchos casos itinerante, mendigando, visitando santuarios y disponiendo de todo su tiempo, aunque frecuentemente se congregan para vivir en comunidad, pero siempre llevando una vida extremadamente austera y dependiendo de la caridad. Se calcula que, en total, hay en la India unos cuatro o cinco millones de *sadhus*. Como consumidores de cánnabis tienen la creencia de que el hachís produce el efecto de alterar el cerebro y rasgar el velo de la aparente realidad, permitiendo así ver a través de la ilusión y disfrutar de la verdadera conciencia.